

La revolución española y los peligros que la amenazan

León Trotsky

28 de mayo de 1931

(Tomado de L. Trotsky, *La revolución española (1930-1940)*, Volumen I. 1930-1936, Fontanella, Barcelona, 1977, páginas 127-153; también para las notas. ¹ B. O., nº 21-22, mayo-junio de 1931, pp. 2-17. Este nuevo folleto, fechado el 28 de mayo de 1931, es el complemento necesario del precedente: está enteramente dedicado a los “peligros internos” del movimiento revolucionario, es decir, a la política del PC español. Una semana antes, el Ejecutivo de la IC había dirigido una “carta abierta” a los comunistas españoles estableciendo sus tareas para el período. Trotsky no lo conocía. En esta carta les reprochaba sobre todo el no haber comprendido el carácter “democrático-burgués” de la revolución, y el papel dirigente del PCE. Instaba a los comunistas españoles a la formación de sóviets aprovechando la resistencia que oponían los dirigentes socialistas y anarcosindicalistas “para demostrar el carácter contrarrevolucionario del anarcosindicalismo y el reformismo español”. Señalaba que “en ninguna circunstancia” el partido comunista debía firmar alianzas, “ni siquiera momentáneas” con ninguna otra fuerza política. Editado en España el mismo año de 1931 como primer folleto de la serie de folletos que publicarían Ediciones Comunismo, con traducción directa del ruso por Andrés Nin y bajo el título de *La revolución española y sus peligros*; de inminente publicación en nuestra serie [OELT-EIS](#).)

Índice

<i>La dirección de la Internacional Comunista frente a los acontecimientos en España</i>	1
<i>¿Cómo actuar ante las cortes?</i>	3
<i>El cretinismo parlamentario de los reformistas, y el cretinismo antiparlamentario de los anarquistas</i>	4
<i>¿Qué carácter tendrá la revolución en España?</i>	6
<i>El problema de la revolución permanente</i>	8
<i>¿En qué consiste la “hipertrofia” de la revolución?</i>	8
<i>Dos variantes: oportunismo y aventurerismo</i>	9
<i>“Jornadas de julio” en perspectiva</i>	10
<i>La lucha por la conquista de las masas y de las juntas obreras</i>	12
<i>El problema del ritmo de la revolución española</i>	13
<i>Por la cohesión de las filas comunistas</i>	15

La dirección de la Internacional Comunista frente a los acontecimientos en España

La revolución española avanza. En el proceso de la lucha sus fuerzas internas crecen también. Pero al mismo tiempo crecen los peligros. Hablamos, no ya de los peligros que tienen su origen en las clases dominantes y sus servidores políticos republicanos y socialistas. Estos son enemigos declarados; nuestra misión respecto a ellos es perfectamente clara. Pero también existen otros peligros internos.

Los obreros españoles miran confiados a la Unión Soviética, hija de la revolución de octubre. Este estado de espíritu constituye un precioso capital para el comunismo. La

defensa de la Unión Soviética es el deber de todo obrero revolucionario. Pero no se puede permitir que se abuse de la confianza de los obreros en la revolución de octubre para imponerles una política que se halla en contradicción total con todas las enseñanzas y experiencias de octubre.

Hay que hablar claramente. Hay que hablar de forma que lo oiga la vanguardia del proletariado español e internacional: *la revolución proletaria en España se halla amenazada por un peligro inmediato que viene de la dirección actual de la Internacional Comunista*. Toda revolución, incluso la más prometidora, puede ser aniquilada, como ha demostrado la experiencia alemana de 1923, y, de un modo aún más claro, la experiencia de la revolución China de 1925-1927. Tanto en uno como en otro caso, la causa inmediata del desastre fue una dirección errónea. Ahora le ha tocado el turno a España. Los dirigentes de la Internacional Comunista no han aprendido nada de sus errores. Peor aún, para disimularlos, están obligados a justificarlos y a agravarlos. En todo lo que depende de ellos, preparan a la revolución española la misma suerte que a la revolución china.

Durante dos años se ha estado desorientando a los obreros avanzados con esa desdichada teoría del “tercer período”, que ha debilitado y desmoralizado a la Internacional Comunista. Al final, la dirección se batió en retirada. Pero, ¿cuándo? Precisamente cuando la crisis mundial indicaba un cambio radical en la situación y hacía aparecer las primeras posibilidades de una ofensiva revolucionaria. Mientras tanto, la IC ni siquiera se daba cuenta de lo que pasaba en España. Manuilsky declaraba (¡y Manuilsky desempeña hoy las funciones de jefe de la IC!) que los acontecimientos de España no merecían ninguna atención. En nuestro estudio sobre la revolución española, escrito antes de los acontecimientos de abril¹, estimábamos que la burguesía, adornándose con todos los matices del republicanismo, intentaría salvar hasta el último instante su alianza con la monarquía. “Es cierto [decíamos] que no se puede excluir la idea de un concurso de circunstancias en las que las clases poseedoras se viesan obligadas a sacrificar a la propia monarquía para salvarse ellas mismas (ejemplo; Alemania).” Estas líneas sirvieron como pretexto a los estalinistas (naturalmente después de los acontecimientos) para hablar de un pronóstico falso². Gentes que nunca han previsto nada, exigen a los demás, no pronósticos marxistas, sino previsiones teosóficas, para saber el día en que se producirán los acontecimientos y el giro que tomarán; es así como los enfermos ignorantes y supersticiosos exigen milagros de la medicina. Un pronóstico marxista tiene por objeto ayudar a orientar la opinión sobre la dirección general de los hechos y a ver claro en sus desarrollos “inesperados”. Que la burguesía española se haya decidido a prescindir de la monarquía puede ser explicado por dos razones igualmente importantes. El impetuoso desbordamiento de la cólera de las masas, impuso a la burguesía la tentativa de hacer servir a Alfonso, odiado por todo el pueblo, de chivo expiatorio. Pero esta maniobra, que incluía serios riesgos, le ha sido posible de realizar a la burguesía gracias a la confianza de las masas en los republicanos y socialistas y porque en este cambio de régimen no había que contar con el peligro comunista. Por consiguiente, la variante histórica que se ha llevado a cabo en España es, por una parte, resultado de la presión popular y, de la otra, de la debilidad de la IC. Lo primero que hay que hacer es constatar estos hechos. Una regla general de la táctica debe ser: si quieres ser fuerte, no empieces exagerando tus fuerzas; pero esta regla no cuenta para los epígonos burócratas. Si en la víspera de los acontecimientos Manuilsky declaraba que no ocurría nada serio, al día siguiente del cambio de régimen, el incomparable Peri, encargado de proporcionar falsas

¹ “[La revolución española y las tareas de los comunistas](#)”, en esta misma serie de nuestras EIS.

² Los que más empeño ponen en esto son los estalinistas norteamericanos. Es difícil imaginar hasta dónde llega la vulgaridad y la estupidez de los funcionarios pagados, para decir tales tonterías sin estar controlados por nadie. (Nota de Trotsky.)

informaciones sobre los países latinos, empezó a mandar telegrama tras telegrama, diciendo que el proletariado español apoyaba casi exclusivamente al partido comunista y que los campesinos españoles creaban sóviets.³

Pravda publicaba estas estupideces completándolas con otras que hablaban de que los “trotskystas” iban a remolque del gobierno de Alcalá Zamora, cuando la verdad es que éste metía y mete a los comunistas de izquierda en la cárcel...⁴ En fin, el 14 de mayo, *Pravda* publicaba un editorial-programa titulado “España en llamas”, donde se encuentran condensadas, en las declaraciones que se aplican a la revolución española, todas las aberraciones y errores de los epígonos.

¿Cómo actuar ante las cortes?

Pravda intenta partir de la indiscutible verdad de que la propaganda por sí misma es insuficiente: “El partido comunista debe decir a las masas lo que deben hacer hoy”.

¿Qué propone *Pravda* en este sentido? Agrupar a los obreros “para el desarme de la reacción, para el armamento del proletariado, para la elección de los comités de fábrica, para imponer por la acción directa la jornada de siete horas, etc., etc.”, así se dice textualmente. Las consignas enumeradas son indiscutibles, aunque se den sin ninguna conexión interna, carentes de la lógica consecuente que reclama el desarrollo de las masas. Pero lo más sorprendente es que el artículo de *Pravda* no menciona para nada la cuestión de las *elecciones a cortes*, como si este acontecimiento político en la vida de la nación española no existiese, o como si a los obreros no les debiera importar esto. ¿Qué significado tiene este silencio?

Aparentemente la revolución republicana tuvo lugar a través de las elecciones municipales.⁵ Entiéndase bien, las causas de la caída del régimen eran mucho más profundas, ya habíamos hablado de ellas mucho antes de la caída del ministerio Berenguer. Pero la liquidación de la monarquía por procedimientos “parlamentarios” se ha llevado a cabo íntegramente en beneficio de los republicanos burgueses y de la democracia pequeñoburguesa. Actualmente en España hay muchos obreros que piensan que las cuestiones fundamentales de la vida social pueden resolverse con la ayuda de la papeleta electoral. Estas ilusiones no pueden ser destruidas más que por la vía de la experiencia. Pero hay que saber facilitar ésta. ¿Cómo? ¿Volviendo la espalda a las cortes o, al contrario, participando en las elecciones? Por lo menos hay que dar una respuesta.

Además del editorial anteriormente citado, el mismo periódico publica un artículo teórico” (números del 7 y 10 de mayo) que pretende dar un análisis marxista de las fuerzas internas de la revolución española, así como una definición bolchevique de su estrategia. En este artículo no se mencionan ni una sola vez a las cortes. ¿Hay que boicotear las elecciones sobre las consignas y los fines de la democracia política, a pesar de que califica

³ El dirigente comunista francés, Gabriel Péri, enviado especial a España durante algunas semanas, se distinguió por el tono y el contenido de los despachos que enviaba a *l'Humanité* y a *Pravda*. Entresacamos de esta última las afirmaciones siguientes: el 1 de abril: “Según las informaciones de Londres, han sido creados sóviets revolucionarios en Barcelona. Las organizaciones revolucionarias han decretado la huelga general”, y el 23 de abril: “La creación de sóviets obreros y campesinos en Barcelona y en el norte de España, a pesar de haber sido disueltos por el gobierno, ejercerán una enorme influencia en el desarrollo de la revolución española.”

⁴ El 15 de mayo, 17 militantes comunistas de la Oposición fueron arrestados en el local de la agrupación comunista en Madrid, el *bar internacional*.

⁵ Efectivamente, los republicanos habían obtenido un éxito relativo en las elecciones municipales, que provocaron la marcha del rey, a pesar de que los monárquicos en el poder las habían preparado cuidadosamente.

a la revolución como democrática? ¿Qué significa este silencio? Se puede *participar* en las elecciones, se puede *boicotearlas*, pero *lo que no se puede hacer es callarse*.

Con respecto a las cortes de Berenguer, la táctica del boicot era justa⁶. Se veía claramente que, o bien Alfonso conseguir adoptar por un cierto período el camino de la dictadura militar, o bien el movimiento desbordaría a Berenguer y a sus cortes. En estas condiciones los comunistas debían tomar la iniciativa del boicot. Esto es precisamente lo que nosotros hemos intentado hacer comprender, con la ayuda de nuestros escasos recursos⁷. Si los comunistas españoles se hubieran pronunciado por el boicot a tiempo y de una manera firme, difundiendo por el país panfletos, incluso muy cortos, sobre el particular, su influencia, en el momento de la caída del gobierno Berenguer, hubiera aumentado considerablemente. Los obreros avanzados se hubieran dicho: “esa gente es capaz de comprender las cosas”. Desgraciadamente, los comunistas españoles, desorientados por la dirección de la Internacional Comunista, no llegaron a comprender la situación, e iban a participar en las elecciones, aunque sin convicción alguna. Los acontecimientos les desbordaron, y la primera victoria de la revolución no aumentó su influencia.

Actualmente es el gobierno Alcalá Zamora el que se encarga de convocar las elecciones a cortes constituyentes. ¿Hay algún motivo para pensar que la convocatoria de estas cortes será impedida por una segunda revolución? De ninguna forma. Son perfectamente posibles poderosos movimientos de masas, pero estos movimientos sin programa, sin partido, sin dirección, no pueden conducir a una segunda revolución. La consigna del boicot, sería en la actualidad una consigna de autoaislamiento. Hay que tomar parte, lo más activa posible, en las elecciones.

El cretinismo parlamentario de los reformistas, y el cretinismo antiparlamentario de los anarquistas

El cretinismo parlamentario es una enfermedad detestable, pero el cretinismo antiparlamentario no vale mucho más, como lo pone de manifiesto con claridad el destino de los anarcosindicalistas españoles. La revolución plantea con toda claridad los problemas políticos, y, *en su fase actual*, les da una forma parlamentaria. La atención de la clase obrera no puede dejar de estar centrada en las cortes, y los anarcosindicalistas votarán “sigilosamente” por los socialistas e incluso por los republicanos. En España, menos que en cualquier otro sitio, no se puede luchar contra las ilusiones parlamentarias sin luchar contra la metafísica antiparlamentaria de los anarquistas.

En una serie de artículos y de cartas, hemos demostrado la importancia de las consignas democráticas en el desarrollo ulterior de la revolución española. La ayuda a los parados, la jornada de siete horas, la revolución agraria, la autonomía nacional, todas estas cuestiones vitales y profundas están ligadas, de una o de otra manera, en el espíritu de la gran mayoría de los obreros españoles, sin excluir a los anarcosindicalistas, con las futuras cortes. En el período de Berenguer era necesario boicotear las cortes graciosamente concedidas por Alfonso, para conseguir las *cortes constituyentes revolucionarias*. La propaganda debía colocar en primer término la cuestión de los derechos electorales. Ni

⁶ Ver en esta misma serie de nuestras EIS el “[Extracto de carta a Andrés Nin](#)” del 12 de enero de 1931.

⁷ La Oposición de Izquierda no posee prensa diaria. Nos vemos obligados a exponer en cartas privadas ideas que deberían expresarse en artículos diarios. Como apéndice a este estudio, ofrecemos extractos de nuestras cartas artículos, en orden cronológico. [Presentación que seguiremos en nuestra inminente edición en nuestra serie [OELT-EIS](#)] (Nota de Trotsky.)

que decir tiene que la democracia soviética es incomparablemente superior a la burguesa. Pero los sóviets no caen del cielo. Es preciso luchar para conseguirlos.

Hay personas en este mundo, que para colmo se llaman marxistas, que se permiten despreciar consignas tales como, por ejemplo, el sufragio universal directo y secreto, para los hombre y mujeres, a partir de los dieciocho años. Si los comunistas españoles hubieran lanzado esta consigna a tiempo, defendiéndola en artículos, discursos y manifiestos, habrían adquirido una popularidad enorme. Precisamente, a causa de que en España las masas populares están inclinadas a exagerar la fuerza creadora de las cortes, es por lo que todo obrero consciente, todo campesino revolucionario, quiere participar en las elecciones. No nos solidarizamos ni un sólo instante con las ilusiones de las masas, pero lo que tienen de *progresivo* dichas ilusiones debemos utilizarlo hasta el fin; de lo contrario no seríamos revolucionarios, sino despreciables pedantes. Aunque no sea más que porque la reducción de la edad electoral interesa vivamente a muchos millares de obreros, de obreras, de campesinos y campesinas. Y ¿a cuáles? A los jóvenes, a los activos, a los llamados a llevar a cabo la segunda revolución. Oponer estas jóvenes generaciones a los socialistas que se apoyan en los obreros de más edad, es un deber elemental e indiscutible de la vanguardia comunista.

Prosigamos. El gobierno Zamora quiere hacer adoptar por las cortes una constitución que instituye dos cámaras. Las masas revolucionarias, que acaban de derrocar a la monarquía y que están penetradas por una apasionada, aunque confusa, aspiración a la igualdad y la justicia, responderán con ardor a la agitación que lleven los comunistas contra una burguesía cuyas intenciones son imponer al pueblo el lastre de una “cámara de pares”. Esta cuestión, *de detalle*, puede tener, en la agitación, una enorme importancia; puede poner en grandes aprietos a los socialistas, abrir una brecha entre los socialistas y los republicanos, es decir, dividir, al menos por cierto tiempo, a los enemigos del proletariado y, lo que es mil veces más importante, separar a las masas obreras de los socialistas.

La reivindicación de las 7 horas lanzadas por *Pravda* es completamente justa, extremadamente importante y urgente. ¿Pero se puede plantear esta reivindicación de forma abstracta, sin tener en cuenta la situación política y las tareas revolucionarias democráticas? *Pravda* habla únicamente de la jornada de 7 horas, de los comités de fábrica y del armamento de los obreros; ignora deliberadamente la “política” y en todos sus artículos no encuentra nada que decir sobre las elecciones a cortes: así *Pravda* se acerca al anarcosindicalismo; lo alimenta, lo cubre. Sin embargo, el joven obrero, a quien los republicanos y los socialistas rehúsan el voto, aunque la legislación burguesa le considere suficientemente maduro para la explotación capitalista, o al que se pretende imponer una cámara alta, se decidirá mañana a combatir contra tales ignominias dando la espalda a los anarquistas y empuñando los fusiles.

Lanzar la consigna de *armamento de los obreros* en contra de las realidades de la vida política que alcanzan en lo más profundo a las masas, es aislarse a sí mismo de las masas, y, al mismo tiempo, alejarlas del empleo de las armas.

La consigna de la *autodeterminación nacional* reviste actualmente en España una importancia primordial. Sin embargo, esta consigna se plantea también hoy en el terreno democrático. Evidentemente, para nosotros no se trata de incitar a los catalanes y a los vascos a separarse de España, sino de luchar para que se les dé esa posibilidad, si expresan ellos mismos esta voluntad. Pero ¿cómo se puede saber si lo quieren? Muy sencillo, hay que organizar un plebiscito de las regiones interesadas, sobre la base del sufragio universal, igual, directo y secreto. Actualmente no existe otro procedimiento. Más adelante, la cuestión nacional, lo mismo que las restantes cuestiones, serán reglamentadas por los sóviets, los órganos de la dictadura del proletariado. Sin embargo, no se puede

pedir a los obreros que constituyan sóviets en cualquier momento. Lo único que podemos hacer es conducirlos hacia ellos. Mucho menos podemos imponer a todo un pueblo los sóviets que el proletariado sólo va a crear en el porvenir. Pero hay que dar una respuesta a las cuestiones de hoy. El pasado mes de mayo, los municipios de Cataluña fueron llamados a elegir sus diputados para la elaboración de una constitución provisional, es decir, para decidir las relaciones de Cataluña con el resto de España. ¿Pueden los obreros catalanes mostrarse indiferentes al hecho de que la democracia pequeñoburguesa, que, como siempre, se somete al gran capital, intente resolver la suerte del proletariado catalán por medio de unas elecciones antidemocráticas? La consigna de la autodeterminación nacional, desprovista de las que la completan, separada de las restantes consignas que le dan un sentido concreto (las de la democracia política) es una fórmula vacía, o, lo que es mucho peor, una forma de engañar a la gente.

Durante un cierto tiempo, todas las cuestiones de la revolución española se reflejarán, de una o de otra manera, en el prisma parlamentario. Los campesinos esperarán ansiosamente la respuesta de las cortes a la *cuestión agraria*. ¿No es fácil de comprender la importancia que tendría en la actual situación un programa agrario comunista sostenido desde las cortes? Para esto se necesitan dos condiciones: hay que tener un programa agrario y conquistar un puesto en la tribuna parlamentaria. Ya sabemos que no son precisamente las cortes las que resolverán el problema de la tierra. Es necesaria la iniciativa audaz de las masas campesinas. Pero para tomar esta iniciativa, los comunistas tienen necesidad de tribuna de las cortes para ligarse a las masas. De aquí nacerá una acción que desbordará con mucho a la de las cortes. En esto consiste el sentido de la actitud revolucionaria dialéctica hacia el parlamentarismo.

¿Cómo se explica, entonces, el hecho de que la dirección de la Internacional Comunista se calle sobre esta cuestión? Únicamente porque es prisionera de su pasado. Los estalinistas rechazan ruidosamente la consigna de la asamblea constituyente para China. El VI Congreso estigmatizó como “oportunista” las consignas de la democracia política para los países coloniales. El ejemplo español, país infinitamente más desarrollado que la China o la India, demuestra la inconsistencia de las decisiones del VI Congreso. Pero, los estalinistas están atados de pies y manos. Como no se atreven a incitar al boicot al parlamentarismo, sencillamente se callan. ¡Que perezca la revolución, pero que se salve la reputación de infalibilidad de los jefes!⁸

¿Qué carácter tendrá la revolución en España?

Después del artículo teórico citado anteriormente, que parece expresamente escrito para embrollar los cerebros, después de varias tentativas por definir el carácter de clase de la revolución española, se dice textualmente: “Admitido todo esto (!), sería sin embargo (!) falso, caracterizar a la revolución española, desde la etapa actual, como una revolución socialista” (*Pravda*, 10 mayo). Basta con leer esta frase para apreciar todo el análisis. Veamos, se preguntará el lector, ¿es que hay alguien en el mundo capaz de

⁸ El grupo italiano Prometeo (bordiguista) niega globalmente todas las consignas democrático-revolucionarias para todos los países y todos los pueblos. Este doctrinarismo sectario, que coincide prácticamente con el de los estalinistas, no tiene nada en común con los bolchevique-leninistas. La oposición de izquierda internacional debe declinar todo asomo de responsabilidad por semejante infantilismo de extrema izquierda. Precisamente la experiencia actual de España demuestra que las consignas de la democracia política jugarán un papel de extrema importancia en el proceso de derrumbamiento de la dictadura fascista. Entrar en la revolución española o en la italiana con el programa de Prometeo es lo mismo que lanzarse al agua con las manos atadas: el nadador corre un riesgo muy considerable de ahogarse. (Nota de Trotsky.)

imaginar, sin correr el riesgo de ser internado, que “la *etapa actual*, la revolución española puede ser socialista”? ¿De dónde ha sacado *Pravda* la idea de semejante “delimitación” y además en términos tan suaves y convencionales?: “Admitido todo esto, sería sin embargo falso...”. Todo esto se explica porque los epígonos han hallado, para su desgracia, una frase de Lenin sobre la “hipertrofia” de la revolución burguesa-democrática que se transforma en revolución socialista. Como no han comprendido a Lenin y han olvidado o deformado la experiencia de la revolución rusa, han puesto en la base de los errores oportunistas más groseros la idea de la “hipertrofia”. No se trata, ni mucho menos -digámoslo inmediatamente de una sutileza académica, sino de una cuestión de vida o muerte para la revolución proletaria. No hace aún mucho tiempo, los epígonos esperaban ver a la dictadura del Kuomintang encontrar su “hipertrofia” en una dictadura obrera y campesina, que se transformaría en una dictadura del proletariado. Se imaginaban además (Stalin desarrollaba este tema con una profundidad especial) que de una de las alas de la revolución se irían desprendiendo los “elementos de derecha”, mientras en la otra ala, se irían reforzando los “elementos de izquierda”. En esto debía consistir el proceso orgánico de la “hipertrofia”. Por desgracia la magnífica teoría de Stalin- Martinov⁹ está enteramente basada en el desprecio más absoluto a la teoría de las clases de Marx. El carácter del régimen social, y por lo tanto de la revolución, está determinado por el carácter de la clase que detenta el poder. El poder no puede pasar de manos de una clase a otra más que por medio de un levantamiento revolucionario, pero nunca mediante una “hipertrofia” orgánica. Los epígonos pisotearon esta verdad elemental, primero en China, y ahora en España. Y vemos en *Pravda* a los sabios científicos, colocando el termómetro bajo el sobaco de Alcalá Zamora, mientras reflexionan, ¿se puede o no se puede reconocer que el proceso de “hipertrofia” ha conducido ya a la revolución española a su fase socialista? Y los sabios, rindamos justicia a su sabiduría, llegan a la siguiente conclusión: no; por ahora aún no se puede hablar de eso.

Después de habernos dado una apreciación sociológica tan precisa, *Pravda* se lanza ahora al terreno de los pronósticos y de las directrices. “En España, dice, la revolución socialista no puede ser la finalidad inmediata. La finalidad inmediata (¡) consiste en la revolución obrera y campesina contra la burguesía y los terratenientes.” Es indudable que la revolución socialista no es la “finalidad inmediata” en España. Sin embargo, sería mejor y más exacto decir que la *insurrección armada con el objetivo de la toma del poder por el proletariado no es en España la “finalidad inmediata”*. ¿Por qué? Porque la vanguardia, diseminada, del proletariado no arrastra aún tras de sí a las masas campesinas oprimidas. En estas condiciones, la lucha por el poder es aventurerismo. Pero, ¿qué significa en este caso la frase complementaria: “la finalidad inmediata es la revolución obrera y campesina contra la burguesía y los terratenientes”? ¿Es decir, que, entre el régimen republicano burgués y la dictadura del proletariado, hay una revolución *especial* “obrera y campesina”?, ¿contrariamente a lo que puede ser la revolución socialista es actualmente en España una tarea inmediata? ¿Está, pues, a la orden del día una nueva revolución? ¿Por la insurrección armada o por otro medio? ¿En qué se distinguirá la revolución “obrera y campesina”, “contra la burguesía y los terratenientes”, de la revolución proletaria? ¿Qué combinación de fuerzas de clase tendrá como base? ¿Qué partido dirigirá la primera revolución en oposición a la segunda? ¿En

⁹ Piker, llamado Martinov, antiguo teórico de los socialdemócratas “economistas” en su polémica contra Lenin a principios de siglo; menchevique, se unió a los bolcheviques al acabar la guerra civil. En 1926-27 fue el teórico de la Internacional Comunista partidario de la alianza con el Kuomintang, en nombre de la teoría de la revolución por etapas retomada por Stalin y Bujarin. Fue uno de los mayores adversarios de la teoría de la “revolución permanente”.

qué consiste la diferencia de programas y métodos entre las dos revoluciones? Buscaremos en vano una respuesta a estas preguntas. Las ideas han sido escondidas y embarulladas, disimulándolas bajo el vocablo de hipertrofia. A pesar de todas sus reservas y contradicciones, esta gente sueña con un tránsito evolutivo de la revolución burguesa a la socialista por medio de una serie de etapas orgánicas presentadas bajo distintos pseudónimos: Kuomintang, “dictadura democrática”, “revolución obrera y campesina”, “revolución popular”. En todo este proceso, el motivo esencial, el de una clase arrancando el poder a la otra, es disuelto de forma sutil.

El problema de la revolución permanente

La revolución proletaria, claro está, es al mismo tiempo revolución campesina, pero en las condiciones actuales, plantear la revolución campesina desvinculada de la proletaria, es un absurdo total. Podemos decir a los campesinos, con pleno derecho, que nuestro fin es una república obrera y campesina, de la misma manera que después del levantamiento de octubre hemos dado el nombre de “gobierno obrero y campesino” al gobierno de la dictadura del proletariado. Pero no oponemos la revolución obrera y campesina a la proletaria, sino que, por el contrario, las identificamos. Esta es la única manera correcta de plantear la cuestión.

Aquí, nos encontramos de lleno con el problema de la llamada “revolución permanente”. En su lucha contra esta teoría, los epígonos han llegado a la ruptura completa con el punto de vista de clase. Ciertamente, después de la experiencia del “bloqueo de las cuatro clases” en China, se han vuelto más prudentes. Pero a causa de esto se han embrollado aún más e intentan embrollar a los demás. Afortunadamente, gracias a los acontecimientos, este problema ha dejado de ser dominio exclusivo de los sabios profesores de la revolución, que trabajan sobre los textos antiguos. No se trata de recuerdos históricos, ni de seleccionar citas; se trata de una nueva experiencia histórica, grandiosa, que se está desarrollando ante nuestros propios ojos. Hay dos puntos de vista confrontados en el campo de la lucha revolucionaria.

Los acontecimientos tienen la última palabra. No se puede escapar a su control. El comunista español que no se dé cuenta a tiempo de lo esencial de las cuestiones ligadas a la lucha contra el “trotskismo”, se encontrará desarmado teóricamente ante los problemas fundamentales de la revolución española.

¿En qué consiste la “hipertrofia” de la revolución?

Sí, Lenin emitió en 1905, a modo de hipótesis, la fórmula de una “dictadura democrática del proletariado y del campesinado”. Si existía algún país en donde cabría esperar una revolución agraria espontánea anterior a la toma del poder por el proletariado, ese país era precisamente Rusia, donde el problema agrario dominaba toda la vida nacional, donde los movimientos revolucionarios campesinos tenían una tradición de décadas, donde existía un partido campesino revolucionario independiente con gran influencia entre las masas. Sin embargo, ni siquiera en Rusia hubo espacio para una revolución intermedia entre la burguesa y la proletaria. En abril de 1917, Lenin no dejaba de advertir, refiriéndose a Stalin, Kámenev y otros que se aferraban a la vieja consigna de 1905: “No hay, ni habrá otra “dictadura democrática” que la de Miliukov-Tseretelli-Chernov, la dictadura democrática es, por sí misma esencia, la *dictadura de la burguesía sobre el proletariado*, sólo la dictadura del proletariado puede suceder a la “dictadura

democrática”. Los inventores de fórmulas intermedias son visionarios o charlatanes. He aquí la conclusión que sacaba Lenin de la experiencia viva de las revoluciones de febrero y octubre. Nosotros nos mantenemos íntegramente sobre la base de esta experiencia y estas conclusiones.

¿Entonces, qué significa para Lenin la “hipertrofia” de la revolución democrática que se transforma en socialista? Desde luego nada parecido a lo que ven los epígonos y los pensadores pertenecientes al grupo de los profesores rojos.

Es preciso darse cuenta que la dictadura del proletariado no coincide ni mucho menos de una manera mecánica con el concepto de revolución socialista. La conquista del poder por la clase obrera tiene lugar en un contexto nacional determinado, en un período determinado y para la solución de determinadas tareas. En las naciones atrasadas, algunas de estas tareas inmediatas tienen un carácter democrático: emancipación nacional ante la esclavitud imperialista y revolución agraria, como en China; revolución agraria y emancipación de las nacionalidades oprimidas, como en Rusia. Actualmente en España podemos observar lo mismo, aunque con otra disposición. Lenin incluso, solía decir que, en octubre de 1917, el proletariado había llegado al poder como *agente de la revolución democrático-burguesa*. El proletariado victorioso comenzó por la solución de los problemas democráticos y, poco a poco, mediante la propia lógica de su poder, llegó a enfocar los problemas del socialismo. Sólo doce años después de su acceso al poder se ocupó del problema de la colectivización de la economía agraria. A esto es a lo que Lenin llamaba transformación de la revolución democrático-burguesa en socialista. No es el poder burgués el que se transforma en “obrero-campesino” y luego en proletario; el poder de una clase no se “transforma” en poder de otra, sino que se arrebató con las armas en la mano. Sin embargo, después que la clase obrera ha tomado el poder, los fines democráticos de su régimen se transforman inevitablemente en socialistas. El tránsito orgánico, por evolución, de la democracia al socialismo, sólo puede darse bajo la dictadura del proletariado. Esta es la idea central de Lenin. Los epígonos han deformado, embrollado, falsificado todo esto y hoy envenenan con sus ideas erróneas la conciencia del proletariado internacional.

Dos variantes: oportunismo y aventurerismo

No se trata (repitémoslo nuevamente) de sutilezas académicas, sino de cuestiones vitales de la estrategia revolucionaria del proletariado. No es cierto que la “revolución obrera y campesina” esté a la orden del día en España. No es cierto que haya llegado el *momento* de emprender una nueva revolución, es decir una lucha inmediata por la conquista del poder. No, lo que está a la orden del día es la lucha por la conquista de las masas, para librarlas de sus ilusiones republicanas y de su confianza en los socialistas, a fin de agruparlas en torno a un movimiento revolucionario. La segunda revolución llegará, pero será la revolución del proletariado llevando tras de sí a los campesinos pobres. Entre el régimen burgués y la dictadura del proletariado no habrá lugar para ninguna especie de “revolución obrero-campesina” comprendida en un sentido particular. Pensar en una revolución de este tipo, adoptando la política a la misma, significa “kuomintangizar” al proletariado, es decir, arruinar la revolución.

Las fórmulas confusionistas de *Pravda* conducen por dos vías, experimentadas en China hasta sus últimas consecuencias: la vía oportunista y la vía aventurerista. Si hoy *Pravda* no se decide a “caracterizar” la revolución española como obrera y campesina, quién sabe si no lo hará mañana, cuando Zamora-Chiang-Kai-shek sea reemplazado por el “fiel” Wang-Ying-Wei, en este caso el izquierdista Lerroux. ¿No dirán entonces los

sabios profesores (los Martinov, los Kuusinen y Cía¹⁰) que nos hallamos en presencia de una república obrera y campesina que hay que “sostener en tanto que...” (fórmula de Stalin en marzo de 1917) o “sostenerla enteramente” (fórmula del mismo Stalin respecto al Kuomintang en 1925-1927)?

Pero hay también una posibilidad aventurerista, que responde quizá mejor al espíritu del centrismo actual. El editorial de *Pravda* dice que las masas españolas “empiezan a dirigir sus golpes contra el gobierno” ¿Es que el partido comunista español puede lanzar la consigna de derrumbamiento del gobierno actual, como una *tarea inmediata*? En la sabia incursión de *Pravda* se dice, como hemos visto, que la revolución actual es obrera y campesina. Si se entiende esta fórmula, no en el sentido de la “hipertrofia”, sino en el de derrocamiento del poder, aparece ante nosotros la variante del aventurerismo con plena claridad. El débil partido comunista puede decir en Madrid, como se dijo (o se mandó que se dijera) en Cantón en diciembre de 1927: “Evidentemente no estamos todavía maduros para una dictadura proletaria; pero como hoy se trata de un grado intermedio, de dictadura obrera y campesina, intentemos la insurrección, aunque no sea más que con nuestras débiles fuerzas, y puede que saquemos algo de ello.” En efecto, no es difícil prever que cuando se constate el retraso criminal con que se ha obrado el primer año de la revolución española, los culpables de esta pérdida de tiempo empezarán a azotar a sus empleados “ejecutivos” y puede que les empujen a una aventura trágica, al estilo de la de Cantón¹¹.

“Jornadas de julio” en perspectiva

¿Hasta qué punto es real este peligro? Es completamente real. Tiene sus raíces en las condiciones intrínsecas de la propia revolución, que dan un carácter particularmente siniestro a las reticencias y al confusionismo de los jefes.

La actual situación española puede traer consigo una nueva explosión de las masas que corresponda más o menos a los combates librados en 1917 en Petrogrado, y que han pasado a la historia como “las jornadas de julio”, y que no condujeron al desastre de la revolución gracias a la justa política de los bolcheviques. Es indispensable insistir sobre esta cuestión candente para España.

Encontramos el prototipo de las “jornadas de julio” en todas las revoluciones, empezando por la Gran Revolución Francesa, que tuvieron resultados desafortunados y a menudo catastróficos. Es una fase que puede ser prevista incluso en el mecanismo de la revolución burguesa, en la medida que la clase que más se sacrifica para el éxito de la revolución y que más espera de ella es la que menos beneficios obtiene. La legitimidad de este proceso es completamente clara. La clase poseedora, después de haber accedido al poder por la revolución, tiende a creer que ya ha realizado íntegramente su misión, y de lo que más se preocupa es de demostrar sus buenas intenciones a los reaccionarios. La burguesía “revolucionaria” provoca la indignación de las masas populares al tomar las

¹⁰ En China, después de la salida de Chiang-Kai-shek, los teóricos de la Internacional Comunista habían reconocido la nueva “dirección” de la revolución china en uno de sus enemigos, Wang-Ying-Wei, jefe del “Kuomintang de izquierda” el cual seguiría el ejemplo de su predecesor pocos meses después. Lerroux era el jefe del partido radical en España y Kuusinen un comunista finlandés, miembro de la dirección de la IC y de la fracción estalinista.

¹¹ La insurrección de Cantón, en diciembre de 1927, teledirigida por la Internacional Comunista después de varios años de colaboración con el movimiento nacionalista-burgués, y en pleno periodo de reflujo del movimiento revolucionario, dio lugar a heroicos comunicados, aunque en realidad fue una sangrienta derrota.

medidas que tienen por objeto conquistar la buena disposición de las clases derribadas. La desilusión de las masas se produce muy pronto, antes de que su vanguardia se haya enfriado de los combates anteriores. Los cabecillas del movimiento creen que, dando un nuevo golpe, van a poder acabar o corregir lo que no han hecho antes con suficiente resolución. De ahí el afán de una nueva revolución, sin preparación, sin programa, sin tener en cuenta las reservas, sin reflexión de las consecuencias posibles. Por otra parte, la burguesía recién llegada al poder no hace más que vigilar el momento del empuje impetuoso desde abajo, para intentar acabar con el pueblo. Esta es la base social y psicológica de esa semirrevolución complementaria, que, más de una vez en la historia, ha sido el punto de partida de una contrarrevolución victoriosa.

En 1848, las “jornadas de julio”, ocurrían en Francia en el mes de junio y tomaron un carácter incomparablemente más grandioso y más trágico que en Petrogrado en 1917. Las llamadas “jornadas de junio” del proletariado de París, habían nacido con una fuerza irresistible de la revolución de febrero. Los obreros de París, con los fusiles de febrero, no podían dejar de reaccionar ante las contradicciones existentes entre el programa pomposo y la miserable realidad, ante ese intolerable contraste, que repercutía cada día más en sus estómagos y en sus conciencias. Sin plan, sin dirección, sin programa, las “jornadas de julio” no eran más que un reflejo potente e inevitable del proletariado. Los obreros insurrectos fueron aplastados sin piedad. Fue así cómo los demócratas dejaron vía libre al bonapartismo.

La explosión de la Commune fue, asimismo, con respecto al golpe de estado de septiembre de 1870, lo que habían sido las jamadas de junio respecto a la revolución de febrero de 1848. La insurrección del proletariado parisino, en marzo de 1831, carecía del más mínimo cálculo estratégico. Nació por la trágica combinación de las circunstancias, completada por una de esas provocaciones de las que tan capaz es la burguesía francesa cuando el miedo excita su mala fe. Con la Commune de París, el reflejo de protesta del proletariado contra el engaño de la revolución burguesa, se elevó por primera vez al nivel de una revolución proletaria, pero para ser abatida inmediatamente.

Actualmente, la revolución incruenta, pacífica, gloriosa (la lista de estos epítetos es siempre la misma) que está produciéndose en España, prepara ante nuestros ojos, sus “jornadas de junio” si se toma el calendario francés, o sus “jornadas de julio” si se toma el ruso. El gobierno de Madrid, nadando entre frases que parecen tomadas directamente del ruso, promete amplias medidas contra el paro forzoso y contra la miseria de los agricultores, pero no se atreve a tocar ninguna de las viejas llagas sociales. Los socialistas de la coalición, ayudan a los republicanos a sabotear las tareas de la revolución. El jefe de Cataluña, que es la parte más industrializada y más revolucionaria de toda España, anuncia en sus sermones una sociedad donde no habrá ya ni naciones ni clases oprimidas, pero no hace absolutamente nada para ayudar al pueblo a librarse al menos de las antiguas cadenas más odiadas. Maciá¹² se esconde tras el gobierno de Madrid, el cual, a su vez, se esconde detrás de la asamblea constituyente. ¡Como si la vida se detuviera esperando la reunión de esta asamblea! ¡Y como si no fuera evidente que estas futuras cortes no serán más que una reproducción ampliada del bloque republicano-socialista, que no tiene más preocupación que la de que todo se quede como estaba! ¿Es difícil prever el febril incremento de la indignación de los obreros y los campesinos? La desproporción entre la marcha de las masas en el camino de la revolución y la política de las nuevas clases dirigentes será el origen de este conflicto irreconciliable, que en su ulterior desarrollo arruinará la primera revolución, la de abril, o conducirá a la segunda.

¹² El coronel Macia, jefe del movimiento catalanista, fue jefe del gobierno de la Generalidad catalana a partir de 1931.

Si el Partido Bolchevique se hubiese obstinado en calificar de “inoportuno” el movimiento que se produjo en Petrogrado en julio, si hubiera dado la espalda a las masas, esta semiinsurrección habría caído inevitablemente bajo la dirección fragmentada y no coordinada de los anarquistas, aventureros, que no expresan sino por azar la revuelta de las masas; y bañándose en su sangre, se hubiera agotado en estériles convulsiones. Pero si, por el contrario, el partido, poniéndose a la cabeza del movimiento, hubiera renunciado a juzgar la situación en su conjunto y se hubiera dejado arrastrar por el camino de los combates decisivos, la insurrección, sin duda alguna, hubiera tomado una audaz amplitud; soldados y campesinos, bajo la dirección de los bolcheviques, en julio se hubiesen amparado durante algún tiempo del poder en Petrogrado: ¡no habrían conseguido con ello más que preparar el aplastamiento de la revolución! Sólo gracias a una dirección justa el Partido Bolchevique supo evitar los peligros fatales que se presentaban bajo estos dos aspectos: las jornadas de junio de 1848 o las que vivió la Comuna de París en 1871. El golpe asestado a las masas y al partido en julio de 1917 fue muy sensible, pero no fue decisivo; Las víctimas se contaron por decenas, pero no por decenas de miles. La clase obrera salió de la prueba sin haber sido decapitada su dirección, sin haber derramado demasiada sangre. Conservaba intactos sus cuadros militantes. Éstos habían aprendido mucho e iban, en octubre, a conducir al proletariado a la victoria.

Precisamente desde la perspectiva de las “jornadas de julio” aparece el extremado peligro de esta concepción ficticia de una revolución “transitoria”, mitigada, que según se pretende se impondría por el instante en España.

La lucha por la conquista de las masas y de las juntas obreras

La Oposición de Izquierda tiene el deber de descubrir, de denunciar implacablemente y de desconsiderar para siempre, en la conciencia de la vanguardia proletaria, la fórmula de una particular “revolución obrera y campesina” que se distinguirá tanto de la revolución burguesa como de la revolución proletaria. ¡Comunistas de España, no creáis en esto! No es más que una ilusión y un engaño. Es un subterfugio diabólico por medio del cual se os pondría mañana la soga al cuello. ¡No lo creáis en absoluto, españoles pertenecientes a la vanguardia obrera! Meditad las lecciones de la revolución rusa y las que os han dado, por sus derrotas, los epígonos. La perspectiva que se abre ante vosotros es la de una lucha por la *dictadura del proletariado*. Para llevar a cabo esta tarea, debéis reunir estrechamente alrededor vuestro a la clase obrera y levantar, en ayuda de esta clase, a millones de campesinos pobres. Es una tarea de gigantes. Sobre todos vosotros, comunistas de España, descansa la incalculable responsabilidad de la revolución. No cerréis los ojos sobre vuestra debilidad ni os forjéis ilusiones. La revolución no hace ningún caso de las frases. Pone todo a prueba, a la prueba de la sangre. Para derrocar la dominación de la burguesía no puede haber más que la dictadura del proletariado. No hay, no habrá, no puede haber revolución “transitoria”, más “simple”, más “económica”, más accesible a vuestras fuerzas. La historia no imaginará para vosotros una dictadura intermediaria, una dictadura de segunda calidad, una dictadura con descuento. Cuando se os habla de esta dictadura, se os engaña. ¡Preparaos para la dictadura del proletariado, preparaos seria, obstinada, infatigablemente!

Sin embargo, la tarea inmediata de los comunistas españoles *no es conquistar el poder; es conquistar a las masas*; esta lucha, en el próximo período, va a desarrollarse sobre la base de la república burguesa y, en gran medida, sobre la base de consignas democráticas. Ante todo, se impone la creación de juntas obreras, sin ninguna duda. Pero sería absurdo oponer las juntas a las consignas democráticas. La lucha emprendida contra

los privilegios de la Iglesia, contra el poder abusivo de las órdenes religiosas y los conventos (lucha puramente democrática) provocó en mayo, en las masas, una efervescencia¹³ que se hubiera podido aprovechar para la elección de diputados obreros; desgraciadamente, se dejó escapar la ocasión.

Las juntas, en la fase actual, se presentan como la forma organizada de un frente único proletario, tanto para las huelgas como para la expulsión de los jesuitas y para la participación en las elecciones a cortes, para establecer el contacto con los soldados, así como para apoyar al movimiento campesino. Solamente con unas juntas, que engloben al núcleo fundamental del proletariado, es como los comunistas podrán asegurar su hegemonía entre la clase obrera, y, por consiguiente, en la revolución. Sólo a medida que la influencia de los comunistas vaya aumentando en la clase obrera, se convertirán las juntas en órganos de la lucha por el poder. En una de las tapas ulteriores (aún no sabemos en cuál) las juntas, como órganos del poder proletario, se verán enfrentadas a las instituciones democráticas de la burguesía. Sólo entonces habrá sonado la última hora de la democracia burguesa.

Cada vez que las masas son arrastradas a la lucha, sienten invariablemente (no pueden menos de sentirla) la necesidad aguda de una organización con autoridad que se eleve por encima de los partidos, de las fracciones y de las sectas, y que sea capaz de unir a todos los obreros en una acción común. Son precisamente las juntas obreras electas las que deben presentar esta forma de organización. Hay que saber sugerir a las masas esta consigna en el momento oportuno, y momentos semejantes aparecen actualmente a cada instante. Pero si se opone la consigna de los sóviets, comprendidos como órganos de la dictadura del proletariado a las realidades de la lucha actual, se coloca esta consigna, como algo sagrado, por encima de la historia, se la suspende como un icono por encima de la revolución; los devotos podrán prosternarse ante la imagen santa; las masas revolucionarias no la seguirán jamás.

El problema del ritmo de la revolución española

Pero ¿aún queda tiempo para la aplicación de la táctica correcta?, ¿no es ya demasiado tarde?, ¿no se han dejado pasar todos los plazos?

Es extraordinariamente importante determinar exactamente los ritmos del desarrollo de la revolución, si no para fijar la línea estratégica general, sí para la definición de la táctica. Pues si la táctica es mala, la mejor de las estrategias puede conducir a la catástrofe. Naturalmente es imposible prever los ritmos de un largo período. El ritmo debe ser comprobado en el propio curso de la lucha, sirviéndose de los síntomas más variados. Además, en el propio curso de los acontecimientos, el ritmo puede variar bruscamente. Pero, a pesar de todo hay que tener una perspectiva determinada, para poder hacer las modificaciones necesarias en base a las nuevas experiencias.

La Gran Revolución Francesa, necesitó más de tres años para llegar a su clímax: la dictadura jacobina. La revolución rusa condujo en ocho meses a la dictadura de los bolcheviques. Vemos aquí una enorme diferencia de ritmos. Si los acontecimientos se hubiesen desarrollado en Francia más rápidamente, los jacobinos no hubieran tenido tiempo para formarse, pues no existirían como partido en vísperas de la revolución. Por otra parte, si los jacobinos hubieran representado una fuerza ya en vísperas de la revolución, indudablemente los acontecimientos se habrían desarrollado con más rapidez.

¹³ El 11 de mayo de 1931, a consecuencia de rumores concernientes a un complot monárquico, los manifestantes, en Madrid, y después en otras ciudades, acabaron incendiando iglesias y conventos.

Este es uno de los factores que determinan el ritmo. Pero hay otros que probablemente sean más decisivos.

La revolución rusa de 1917 fue precedida por la de 1905, calificada por Lenin como ensayo general. Todos los elementos de la segunda y la tercera fueron preparados de antemano, de forma que las fuerzas que participaron en la lucha avanzaban por un camino conocido. Esto aceleró vertiginosamente el ascenso de la revolución hasta su punto culminante.

De todas formas, hay que pensar que en 1917 el factor que más aceleró el ritmo fue la *guerra*. La cuestión agraria podía haber sido aplazada por espacio de algunos meses, incluso uno o dos años. Pero la muerte en las trincheras no permitía ningún tipo de aplazamiento. Los soldados decían: “¿Qué necesidad tengo de la tierra si muero?” La presión de una masa de doce millones de soldados fue un factor que contribuyó extraordinariamente a acelerar el ritmo de la revolución. Sin la guerra, a pesar del ensayo general de 1905 y de la existencia del Partido Bolchevique, el período preparatorio de la revolución, a pesar de nuestra intervención, habría durado más de ocho meses, incluso dos años o más.

Estas consideraciones generales son importantes para intentar prever el posible ritmo de los acontecimientos en la revolución española. La generación joven de este país no tiene experiencias revolucionarias, no ha podido presenciar un “ensayo general”. El partido comunista español ha entrado en los acontecimientos en una situación de extrema debilidad. España no está en guerra, y sus campesinos no se encuentran en las trincheras y los cuarteles por millones, ni se hallan bajo el peligro inmediato del exterminio. Todas estas circunstancias obligan a esperar un desarrollo más lento de los acontecimientos, y permiten, por consiguiente, esperar que el partido dispondrá de un plazo más largo para prepararse para la conquista del poder.

Sin embargo, hay ciertos factores que obran en el sentido contrario, y que son susceptibles de provocar tentativas prematuras hacia la batalla decisiva, que significarían la derrota de la revolución: el partido comunista es débil, la presión de las masas es más fuerte; las tradiciones anarcosindicalistas actúan en el mismo sentido; finalmente, la orientación errónea de la Internacional Comunista abre las puertas a las más brutales manifestaciones del aventurerismo.

La conclusión de estas analogías históricas es clara: si la situación en España (ausencia de tradiciones revolucionarias recientes, debilidad del partido comunista y ausencia de una guerra) hace pensar que, seguramente, la dictadura del proletariado no *aparecerá normalmente*, sino más tarde que en Rusia. Por otra parte, existen circunstancias que agravan el peligro de *abortar la revolución*. La debilidad del comunismo español, resultado de una política oficial errónea, hace a este último susceptible de asimilarse a las conclusiones más peligrosas de unas falsas directivas. Al débil no le gusta reconocer su propia debilidad, teme encontrarse retrasado, se enerva y corre demasiado. En particular, los comunistas españoles pueden temer las cortes. En Rusia la asamblea constituyente, aplazada por la burguesía, se reunió después del desenlace definitivo, y fue disuelta sin esfuerzo. Las cortes constituyentes se reúnen en una fase menos avanzada de la revolución. Suponiendo que los comunistas acceden a las cortes, no serán más que una minoría insignificante. De aquí puede nacer la idea de que hay que intentar derrocar lo antes posible a las cortes, utilizando cualquier iniciativa de las masas populares. Ello sería lanzarse a la aventura; no se resolvería así el problema del poder; por el contrario, se haría retroceder bastante a la revolución, y es probable que se rompiera el cuello. El proletariado no podrá arrancar el poder a la burguesía más que si la mayoría de los obreros se entreguen apasionadamente a esta tarea y si los explotados, en el conjunto de la población, tienen confianza, en su mayoría, en el proletariado.

En lo que concierne precisamente a las instituciones parlamentarias de la revolución, los camaradas españoles deben tener más en cuenta la Gran Revolución Francesa que la experiencia rusa. La dictadura de los jacobinos fue precedida por tres asambleas parlamentarias. Fueron tres grados a través de los cuales las masas llegaron hasta la dictadura de los jacobinos. Es estúpido imaginar, cómo lo hacen los republicanos y los socialistas de Madrid, que las cortes pondrán punto final a la revolución. No. Efectivamente, no pueden sino dar un nuevo impulso al movimiento revolucionario, asegurándole al mismo tiempo una evolución más regular. Esta perspectiva es de la mayor importancia para quien quiera orientarse en el curso de los acontecimientos y evitar los ataques de nervios y el espíritu aventurerista.

Por supuesto, no se trata, para los comunistas, de frenar la revolución. Mucho menos aún de mantenerse al margen de los movimientos y manifestaciones de masa en las ciudades y el campo. Tal política arruinaría al partido, cuya tarea no es aún más que conquistar la confianza de las masas revolucionarias. Únicamente colocándose a la cabeza de los obreros y de los soldados en lucha consiguieron los bolcheviques evitar, en julio, una catástrofe a las masas.

Si las condiciones objetivas y la mala fe de la burguesía hubieran impuesto al proletariado el combate decisivo en condiciones desfavorables, los comunistas, evidentemente, hubieran estado en las primeras filas de los combates. Un partido revolucionario debe preferir siempre exponerse a una derrota, junto con su clase, que permanecer predicando la moral al margen, y dejando a los obreros sin dirección, bajo las bayonetas de la burguesía. Un partido aplastado en la lucha encontrará refugio en el fondo del corazón de las masas, y, antes o después, podrá tomarse la revancha. Por el contrario, un partido que se separe de las masas en el momento de peligro, no renacerá jamás. Pero los comunistas españoles no se encuentran situados en esta trágica alternativa. Al contrario, hay muchos motivos para creer que la ignominiosa política de los socialistas en el poder y la lamentable desorientación del anarcosindicalismo, llevarán cada vez más a los obreros hacia el comunismo, y que el partido (si su política es correcta) dispondrá del tiempo necesario para prepararse y conducir al proletariado a la victoria.

Por la cohesión de las filas comunistas

Uno de los crímenes más perniciosos de la burocracia estalinista ha sido provocar sistemáticamente la escisión de las poco numerosas fuerzas comunistas en España, escisión que no deriva de los acontecimientos de la propia revolución española, sino de las directivas de la burocracia estalinista, sólo preocupada por salvaguardar sus propias posiciones. Todas las revoluciones conducen al proletariado hacia la extrema izquierda. En 1917, todas las tendencias, todos los grupos afines al bolchevismo, incluso los que antes lo habían combatido, se fusionaron con éste. El partido no sólo creció rápidamente, sino que tuvo una intensa vida interna. Desde abril hasta octubre, y después, durante la guerra civil, la lucha de tendencias y de grupos en el seno del partido alcanzó, en ciertos momentos, una virulencia extraordinaria. Pero no se produjeron escisiones, ni tan siquiera expulsiones individuales. La poderosa presión de las masas cohesionó al partido. La lucha interna fue educativa y le esclareció en su camino. A través de estos conflictos, todos los miembros del partido adquirieron confianza, se convencieron profundamente de la justeza de la política aplicada y de la seguridad de la dirección revolucionaria. únicamente a través de esta convicción de los militantes bolcheviques de base, adquirida en la experiencia y en la lucha ideológica, permitió a la dirección lanzar a todo el partido al combate en el momento oportuno. Y sólo la convicción profunda del partido en la

corrección de su política inspira a las masas obreras la confianza en él. Grupos artificialmente formados a base de exigencias exteriores, la imposibilidad de mantener una lucha ideológica abierta y honesta, la calificación de enemigos a los que son amigos, la creación de leyendas que favorecen la escisión de las filas comunistas, estos son los obstáculos que paralizan actualmente al partido comunista español. Éste debe librarse de las tenazas burocráticas que lo condenan a la impotencia.

Hay que unir a las filas comunistas sobre la base de una discusión abierta y honesta. Hay que preparar un congreso de unificación del partido comunista español.

La situación se complica por el hecho de que no sólo la burocracia estalinista oficial en España, poco numerosa y débil, sino que también las organizaciones opositoras, formalmente fuera de la Internacional Comunista (la Federación Catalana y el grupo autónomo de Madrid), carecen de un programa de acción claro y, lo que aún es peor, están contaminadas de los prejuicios que los epígonos del bolchevismo han sembrado durante estos últimos ocho años. Los opositoras catalanes no tienen la claridad necesaria sobre la cuestión de la “revolución obrera y campesina” de la “dictadura democrática”, ni incluso del “partido obrero y campesino”. El peligro se hace aún más grande. Si se tiene la intención de conseguir la unidad de las filas comunistas, es indispensable combatir la corrupción ideológica y las falsificaciones del estalinismo.

Ésta es la tarea de la Oposición de Izquierda. Pero hay que decir la verdad: la oposición no se ha ocupado prácticamente de resolver estos problemas. Hay que decir que los camaradas españoles adheridos a la Oposición de Izquierda ni siquiera han fundado su propio órgano de prensa; esta omisión es imperdonable y la revolución no dejará esta falta impune¹⁴. Sabemos las difíciles condiciones en las que se encuentran nuestros camaradas; persecuciones policíacas ininterrumpidas bajo Primo de Rivera, bajo Berenguer y bajo Alcalá Zamora. El camarada Lacroix, por ejemplo, sale de la cárcel para volver a entrar en ella¹⁵. El aparato de la IC, impotente en el terreno de la dirección revolucionaria, desarrolla una gran actividad en el de las persecuciones y las calumnias. Todo esto dificulta nuestro trabajo. Sin embargo, no debemos abandonar nuestras tareas. Es indispensable unir las fuerzas de la Oposición de Izquierda en todo el país, crear una revista y un boletín, agrupar a la juventud obrera, fundar círculos y luchar por una unidad de las filas comunistas sobre la base de una política marxista.

Kadikoy, 28 de mayo de 1931

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es

¹⁴ Trotsky se decide aquí a hacer público el mayor de los reproches, que dirige incansablemente, en su correspondencia privada, a los dirigentes de la Oposición de Izquierda española, llamando directamente a los militantes.

¹⁵ Francisco García Lavid (Henri Lacroix) encarcelado hacía diez meses, había sido liberado en abril de 1932; a la caída de la monarquía, formaba parte del grupo de militantes detenidos el 15 de mayo siguiente.